LA NOVELA DE HOY

30 CTMS



EL TONTO

Alvaro Retana

ÚLTIMAS PUBLICACIONES
DE LA
EDITORIAL ATLANTIDA

HA ENTRADO UN LADRON
NOVELA POR
W. Fernández Flórez.
(6.ª edición.)

LOS CUERVOS MANCHAN LA NIEVE
NOVELA POR
Fernando Mora.

CLARA PORCIA
NOVELA POR
Gutiérrez Gamero.
(De la Real Academia.)

LIRA GUERRERA
Primer volumen de las obras completas de
José Martí.
Prologadas por ALBERTO GHIRALDO
CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

La evolución de las ideas sobre la decadencia española
por Pedro Sáinz y Rodríguez.
Catedrático de la Universidad Central.
Precio: DOS pesetas.

LA NOVELA DE HOY
DIRECTOR: ARTEMIO PRECIOSO
Oficinas: Mendizábal; 42.—Teléfono 24-53. J.—Apartado 473.
Año IV || Madrid, 22 de mayo de 1925 || Núm. 158

EL TONTO

NOVELA POR

ALVARO RETANA

Ilustraciones de GUILLÉN

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1925

Editorial "Atlántida"

Obras de W. Fernández Flórez

La procesión de los días, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Silencio, novela (2.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (2.ª edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (2.ª edición).

El secreto de Barba Azul, novela (8.ª millar).

Cinco pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Mendizábal, 42. :-: Madrid

A MANERA DE PROLOGO

El veneno de la celebridad.

Cuando entro en casa del novelista galante más discutido de España, cuyas obras están ahora traduciéndose, éste, que acaba de leer su copiosa correspondencia, desflora con un cuchillito de plata un diminuto paquete recién llegado de Barcelona.

Al abrirle surge una pulserita de oro y perlas, un precioso trabajo de joyería, con una placa donde aparecen grabados dos nombres: por un lado, Alvaro, *y por el otro,* María Antonia.

—¿Eh? ¿Qué le parece a usted? Esta es la quinta pulsera de mi colección—dice Retana con pueril alegría.

Luego, mientras su bella esposa, que me ha servido una copa de Chartreuse, se retira para tocar en la pianola un vals romántico, sale también Retana por un momento y vuelve con cuatro pulseritas, que extiende ante mis ojos, triunfal, sobre la mesa de trabajo.

—*Esta, toda de oro liso, es de La Goya—afirma Retana—. Esta, de perlas y platino, de Marujita Lopetegui. Esta, de oro con una plaquita redonda, de Antonia de Cachavera; y ésta, de platino, perlas y brillantes en el broche, es de Eduardo Fernández, un admirador, también de Barcelona.*

—*¿Quién es esta María Antonia?—pregunto.*

—*María Antonia es una señorita "bien" de Barcelona con cuya amistad epistolar me honro. La más bella e inteligente de las hijas de Eva. Una criatura plena de encanto femenino. Ahora hago un viaje a Barcelona para saludarla exclusivamente. Véala usted aquí.*

Debajo del cristal de la mesa de trabajo de Retana, entre una innumerable colección de retratos de mujeres bonitas, se destaca esta María Antonia, de una belleza aristocrática e inquietante.

—*¡Ah! También la tengo en mi altar.*

—*¿Tiene usted un altar, Retana?*

—*Sí; un altar laico. Donde yo estoy presidiendo en calidad de dios mayor y en cuya gradería figuran todos los santos de mi devoción.*

Vuelvo la vista hacia donde Retana me señala y veo un altarcito muy curioso, tapizado de terciopelo rojo, con candelabros de plata, floreros de cristal, y encerrados en marquitos, los santos de la devoción *del artista: María Antonia, Luisita Esteso, Antonia de Cachavera, una tal Rosita, que asoma únicamente la nariz entre un velo blanco; Matilde del Castillo, María Conesa, Mercedes Fifí, una mu-*

jer bellísima con tocas monjiles y dos o tres muchachos.

—*Retana, usted siempre tiene aquí alguna extravagancia con que sorprender.*

—*No lo crea usted. Cuando abriría usted una boca como una espuerta es si le llevara a mi finca de Torrejón. Ahora la estoy transformando en un verdadero y palpable palacio episcopal. Me han puesto unas rejas sevillanas en la portada, hechas en una cerrajería artística, con arreglo a modelos del siglo XVII, que son idealidades. Mi patio andaluz, con rejas, azulejos, celosías, estanquito, surtidores y bancos, es una preciosidad. En la fachada he puesto una Virgen de la Macarena en azulejos, también hecha para mí, que dan ganas de gritar ¡viva Sevilla, que es lo mejor del mundo! Toda mi finca rebosa andalucismo, porque yo, aunque por desgracia no nací en la tierra de María Santísima, soy tan andaluz de espíritu como si hubiera nacido en el corazón de aquella región de maravilla.*

Luego, animándose por instantes, prosigue Retana:

—*¿Se acuerda usted de la primera interviú que me hicieron hace tres años en la* La Novela de Hoy? *Entonces acababa de comprar mi finca y me había gastado en ella* ocho mil duros. *Hoy pasarán de diez y ocho mil. ¡Pero si viera usted qué feliz soy cuando me escapo de Madrid y me encierro allí solo a trabajar! ¡Qué dicha olvidarme de mí mismo y ocultarme en un rincón pueblerino a recordar mis*

tiempos de niñez, cuando era blanco y puro, cuando ninguna mala idea había anidado en mi frente y no había mordido, como hoy, la fruta del Bien y del Mal, ni sentía el veneno de la celebridad! ¡Si supiera usted lo que yo daría por no haber escrito tanta atrocidad, por no ser quien soy, por poder cruzar la calle sin que nadie me reconociera! ¡Cómo envidio a la gente oscura! ¡Qué abominable es ser muy conocido!

De repente, cuando parecía transportado a otras regiones, se levanta y exclama cambiando radicalmente el tono de voz:

—¡Ah! Sabrá usted que estoy formando una compañía de revistas y variedades modernas, para realizar una tournée *por toda España. Llevo tres obras mías—letra y música—, veinte mujeres estupendas, que sacaré a escena bastante ligeritas de ropa, y como fin de fiesta daré yo conferencias para atraer al público. Estoy dispuesto a armar un alboroto en toda España y que me ladren hasta los perros.*

MARIANO TOMÁS.

DEDICATORIA

A María Antonia, la original muñeca que, desde Barcelona, me envía las fragancias de su amistad y su talento.

Para que se horrorice literariamente.

ALVARO.

La novela más interesante, la que encierra más bellas escenas de amor, entre todas las publicadas por el joven y popular escritor

ARTEMIO PRECIOSO

es sin duda alguna

Las rubias del principal

que, maravillosamente ilustrada por

RIBAS

publica

LA NOVELA DE NOCHE

en su número 28.

o o o

Un magnífico tomo de 128 páginas,

UNA PESETA

o o o

NOTA.—Todos los originales publicados, tanto en **La Novela de Hoy** como en **La Novela de Noche**, son rigurosamente inéditos.

I

Desgraciadamente, las mujeres más bellas no son las más virtuosas.

Por eso, a nadie extrañará que mi amiguita Aurelia, verdadero modelo de fragante hermosura, digna de ser colocada junto a las beldades más fulminantes de la Historia, carezca en absoluto de virtud.

Aurelia es soberanamente linda; pero no es honesta; con lo cual eso salimos ganando sus amigos. Y me duele hacer esta confesión, porque siempre es doloroso para un artista que, como yo, conversa con las multitudes, y quisiera citar personas de edificación, siempre que hable de una amiga bonita tenga que advertir inmediatamente que esa amiga... *peca*, para no emplear otra expresión más gráfica.

La gentil Aurelia es *cocotte*. Y como, según ella, ser *cocotte* no es ninguna deshonra, esto, que tampoco la desprestigiaría ante mis ojos, la ha creado una importante aureola entre los doce graves padres de la patria que sostienen su rango.

Estos varones, más respetados que respetables,

que disertan sobre moral en los salones del gran mundo, gustan de desmoralizar jovialmente en la florida camareta persa de mi preciosa amiga. Y escuchan embelesados, con un divino e infernal arrobamiento, a la perturbadora Aurelia cuando ella, que está envenenada de literatura galante, lee, traviesa, alguna producción erótica de un sangreazulado príncipe de las letras.

Aurelia cultiva la perversidad literaria, no sabemos si como un recurso para amenizar esos decamerones a que antes hice referencia, o para avivar en sus vetustos protectores el fuego de una ilusión que, ¡ay!, los años marchitaron implacables.

Aurelia vive entre las llamas del deseo cerebral e inofensivo de sus adoradores, como una salamandra enferma de hipotéticas lujurias, y los seudovenerables senadores que concurren a las veladas para saborear las delicias de un chocolate con soconusco, únicas delicias positivas que pueden saborear a medias con la cautivadora Aurelia, entre sorbo y sorbo de leche con azucarillo, han escuchado, insaciables, todas las truculencias gratas a la dueña de la casa.

Como una Sherezada *modern style* que hablase para una docena de sultanes Shabriar, Aurelia ha documentado a sus favorecedores en toda clase de picardías literarias. Ha contribuído notablemente a la cultura de sus protectores oficiales—Aurelia es como esas casas de banca que representa la unión de diversos accionistas—, y éstos le deben muy buenos ratos de esparcimiento espiritual, ya que el esparcimiento material hubiera sido relativo.

Aurelia, que ha viajado por todo el viejo continente, domina a la perfección las lenguas latinas, y en sus ratos de ocio ha acometido la tarea de traducir, con bastante más discreción que muchos profesionales, algunas obras de autores clásicos solemnemente libertinos, con la plausible idea de *epatar* a sus tertulianos, que inclinan las coruscantes calvas en señal de asentimiento y complacencia cada vez que mi amiga les da a conocer la versión de alguna obra escrita en un idioma para ellos desconocido, como el francés o el italiano.

Pero, desgraciadamente, no hay manantial que no se agote, singularmente si de su uso llega a hacerse abuso; y Aurelia, después de haber sacado a relucir todas las historietas picantes de los tiempos antiguos y modernos, ha jadeado en el vacío, y en su deseo de agradar a sus oyentes, ha tenido que recurrir a relatar su propia vida, una novela pecaminosa bastante más atrayente que alguna de las que forjamos los escritores galantes para satisfacción del público devoto de este género.

Aurelia, obsesionada con la idea de distraer a sus amigos, nos ha ido confesando en diferentes noches los mil y dos secretos de su existencia accidentada, y con una morbosa delectación se ha desnudado, espiritualmente, ante nosotros para que contempláramos el sugestivo espectáculo de sus múltiples caídas.

Hace muy pocas noches, Aurelia se encontraba en su *boudoir* rodeada de un vetusto general que *in illo tempore* supo batir a Venus con tanta bizarría

como a Marte; un barrigudo ex senador también famoso hace veinte años por su envidiable puntería al disparar con los arneses de Cupido; un banquero, que, a pesar de sus conocimientos hacendistas, ya no serviría para ministro en ningún Gabinete del Amor; y yo, que estoy conceptuado por los doce varones protectores de Aurelia como un correcto amigo de la dueña de la casa, incapaz de traicionar a esta docena de accionistas reunidos para explotar esa finca que algunas nietas de Eva conservan tan maravillosamente a pesar del crecido número de inquilinos que la disfrutan.

Aurelia siempre habíase negado a revelarnos el misterio de su primera hora de amor; pero, acuciada aquella noche por los tres adoradores y por mí, que también a veces tengo curiosidades porteriles, disculpables en mi calidad de novelista, determinóse a sorprendernos con el suculento relato de su *début* en la carrera del Pecado, que ella ha terminado con la clasificación de sobresaliente y obteniendo matrículas de honor en las principales asignaturas.

II

—Debo deciros—empezó la deliciosa Aurelia, encendiendo un cigarrillo egipcio perfumado en la dorada boquilla con "Rosas" de Coty—que hay hechos en nuestra vida que no son para contados ni gustamos siquiera de evocarlos; pero puesto que vosotros lo deseáis, deshojaré la rosa de mis melancolías, resucitaré mi entrada en este mundo del Placer y del Vicio, en que tan triunfadora me habéis encontrado, para que os percatéis de que entonces hice el tonto de la manera más perfecta.

Yo he sido la tercera hija de una familia honorable y burguesa que rivalizó en mimarme desde mi nacimiento. Tanto mis padres como mis dos hermanas mayores, ya casadas, me han tratado como a una muñeca de carne y hueso, y me han hecho compartir sus juegos y caprichos, concediéndome toda preferencia.

Desde que vine al mundo yo he sido el bebé que fuerza la voluntad del papá, que recoge todos los consentimientos maternales, y del cual dicen, orgu-

llosas, las hermanas: "Es demasiado bonita; parece una muñeca." Yo fuí esa niña consentida que entra en el cuarto de las hermanas mayores y se embelesa en la colocación de las bellas cajitas, en el roce de las sedas y en el tibio perfume de las mujeres. Se abandona, gozosa, en manos de las muchachas que la rizan, la empolvan y la apuran las gracias; penetra en sus habitaciones y comparte sus siestas, y huye instintivamente de lo que es feo, sucio o grosero.

Y las criaturas nacidas con el estigma de una debilidad fisiológica o moral, vamos insensiblemente, atraídas por una llama ideal, hacia el paraíso de los deleites extraordinarios.

En mis catorce años yo era una niña frágil y enfermiza, perturbada por el demonio de las lecturas perniciosas, linda en mi aspecto decadente, extraordinariamente pálida y morena, delatando en mis ojos negros y febriles la terrible inquietud que minaba todo mi ser.

Yo era un tipo "muy fin de raza", caprichosa, sensual, mal educada, ávida de emociones condenables, y figuraos, pues, cómo en mi paradójica inocencia caerían los extraños relatos que las compañeras de colegio me traían sobre la personalidad de doña Julia, la profesora de Francés.

Este nombre aparecía mezclado en una serie de hechos monstruosos.

Doña Julia era una mina de oro.

Las muchachas que la habían tratado contaban,



cada una a su modo, la aventura, consistente en mostrarse desnuda ante la caprichosa, para cobrar cinco pesetas. El dinero no podía tentarme, pero la fantástica aureola de doña Julia, sí; y durante muchas noches bailoteó en mis somnolencias como un genio que bebía por los ojos los lánguidos perfiles de las adolescentes.

Era una mujer rubia y gentil, con el aire altivo de aquellas marquesas del siglo XVIII, que malogró la guillotina, y siempre que bajábamos al jardín de recreo algunas compañeras, las iniciadas, generalmente, la señalaban con sus risas. Yo no podía adivinar qué secreto contubernio podía existir entre la francesa y la chiquillería, hasta que un día doña Julia reparó en mí; con una insolencia de poderoso, me acarició las piernas con su mirada, y luego me hizo un gesto, al que respondí echando a correr como si me hubiera amenazado.

Al otro día supe que la profesora de Francés sostenía con largas propinas una guardia muchachil de sus depravados deseos. Había chicas mayores que se dedicaban a la busca de pebetas bonitas y cándorosas para aquella sultana pervertida, y yo sabía de algunas que habían sido llevadas casi a la fuerza al antro de la francesa. Y alrededor de mí, una de aquellas corredoras de virginidades, comenzó a tejer la tela de araña de la seducción.

—Ayer, doña Julia me ha paseado en coche; dice que me va a regalar una caja de costura.

—¡Bah! ¡Mi mamá me va a comprar unos patines!



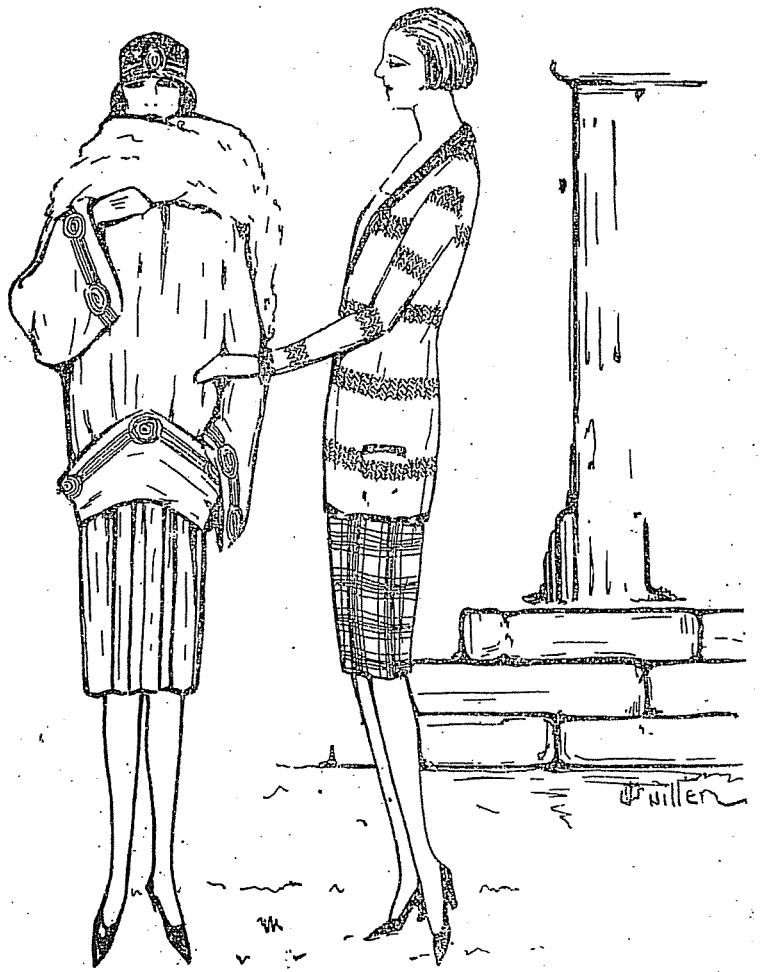
—Pues doña Julia tiene en París una fábrica de juguetes...

Una tarde pedí permiso en casa para ir a pasear con mis amigas a la salida del colegio, y entre ellas venía la tentadora. En el paseo de coches del Retiro no sé cómo se las arregló, pero les dió esquinazo a las demás y se quedó sola conmigo. Entonces cruzó junto a nosotras doña Julia en un coche, y, después de saludarnos, hizo parar el coche y nos invitó a subir para dar un paseo con ella. Yo no supe negarme, y caí en la celada tan diestramente tendida, y la francesa desplegó ante mí todo su fantástico oropel; me llenó los bolsillos de bombones, me prodigó los más tiernos halagos y, al fin..., nos condujo a su casa, donde nos rogó que me descalzara para fotografiar mis piernas, que irían a engrosar su colección de extremidades incógnitas.

Como buena escrutadora, la francesa no se propasó en nada, sino que apuraba su amabilidad para ganarse mi confianza.

—Si mañana volvéis por aquí, os enseñaré muchas cosas...

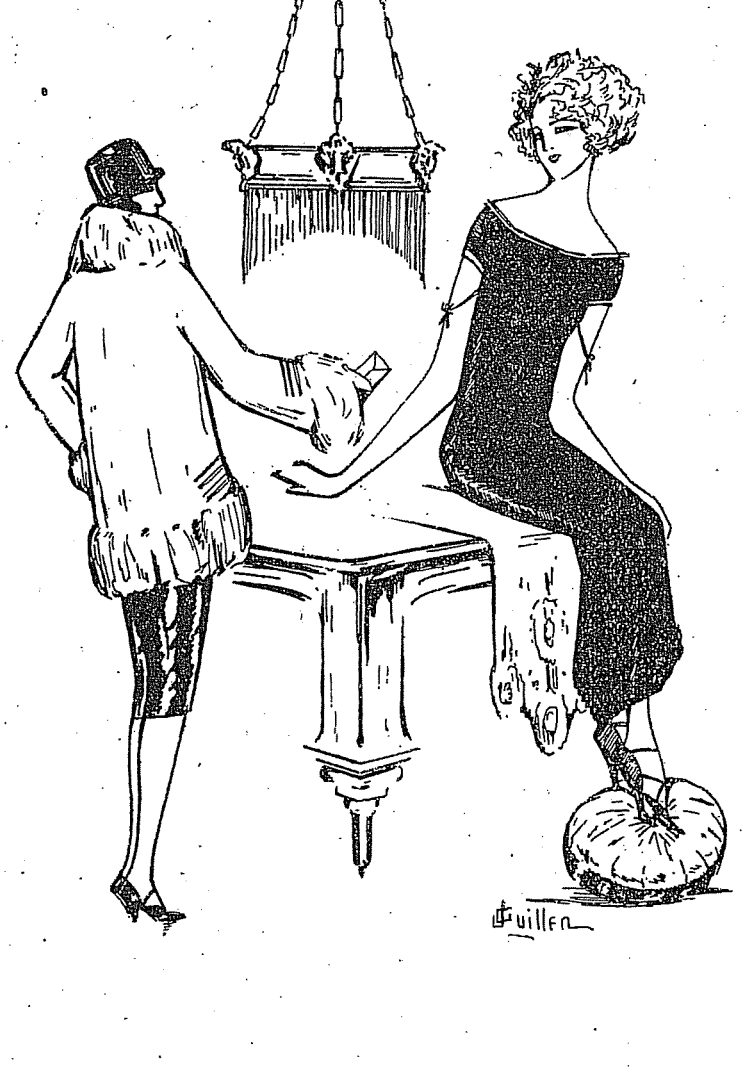
Y nos despidió con un beso a cada una, que más tenía de tranquilizador que de alarmante.



III

—Aquel "mañana"—prosiguió Aurelia, después de una corta pausa—fué esperado por mí con tanto miedo como curiosidad. ¡Gran trabajo le costó a mi falsa amiga llevarme al antro de la profesora de Francés! Esta nos recibió en una salita toda colgada de detalles entretenedores; un diván hecho de almohadones nos sirvió de asiento, y desde allí se descubría toda la distribución de la casa: el comedor y la alcoba, todo claro, sencillo como un confortable interior inglés. Mientras mi amiga se atiborraba de pastas y vino dulzón, doña Julia puso sobre la mesa una caja, en forma de corazón, con sus cuerdas metálicas, y rascándolas con un arco de violín, extrajo de la cítara los más hermosos sonidos que yo no había escuchado ni en sueños.

La verdad es que estaba guapa doña Julia con su abundante cabellera rubia alborotada como una hoguera sobre su rostro de un blancor azulado, donde ardían dos ojos maravillosamente verdes que rimaban a maravilla con el rojor exasperado de la boca



de labios finos y arqueados. Aunque ella confesaba veintisiete años, no representaba arriba de diez y ocho, y contribuía a rejuvenecerla un trajecito negro de crespón ajustado y sencillo, sin más adornos que unos vivos de terciopelo azul que bordeaban el cuello y las mangas.

Fuera del colegio ofrecía un aspecto tan juvenil, tan envolvente y tan lleno de espiritualidad, que yo me sentía atraída irresistiblemente por ella, y no pensaba en otra cosa que en escuchar las tiernas melodías que arrancaba a la cítara, sin cesar de mirarme sonriente.

Era una música punzante y perforadora que levantaba el alma. La profesora de Francés, lista y certera, tocó el *leif-motif* de mi seducción. ¡Divina música de Mendelsson nunca tan criminalmente empleada!

Doña Julia no me arrancó mis virginidades, porque le impuso mi soberana candidez de niña de catorce años; pero me robó mi pureza espiritual y me enfermó de una inquietud morbosa. Maestra en sensibilidades, partió mi alma blanca, y en el ritual de la Vida se la ofreció al Pecado.

Desde este día doña Julia fué mi profesora de Estética.

Me abría con sus evocaciones los caminos del mundo, y me dió una concepción feliz de la Vida. Nuestras costumbres se hicieron comunes. Era una exquisita limpia, a plena luz, y sabía cubrir su mitad faunesca para mostrarme su mitad de ninfa, y las

formas todas de su sensualidad se desarrollaban en el suavísimo juego de su arco bucal. En ese delicioso arte, como en el de pulsar la cítara, se le reconocía la procedencia. Perdí aquel miedo que sentía junto a ella por el peligro de mi integridad, pues no sé si temiendo a las consecuencias fatalísimas de un acto brutal, o teniendo en cuenta la flojedad de nervios propia de las de su raza, la francesa no intentó un asalto en toda regla.

Mi nueva amistad vino a ensanchar el círculo de mis conocimientos, porque mi familia, a pesar de todo, me ha concedido desde los trece años una relativa independencia, y mi existencia fuése complicando secretamente en las estrechas paredes de aquella garzonera bonita y aislada de mi barrio, silencioso y burgués.

Señalé un par de horas a mi amiga para acudir diariamente a su nidito después del colegio, a consumirle las excelencias de Palmer's y emborracharme de fantasías.

La vida de mi amiga era una trayectoria fugaz por las ciudades viciosas, y en su memoria guardaba, con los nombres más célebres, las aventuras más peregrinas.

Aprovechaba yo las dos horas que me concedían para pasear, y, con los libros bajo el brazo y los dedos manchados de tinta, me presentaba delante de mi profesora de Francés para hacer vibrar su sensibilidad con mi gracia ingenua.

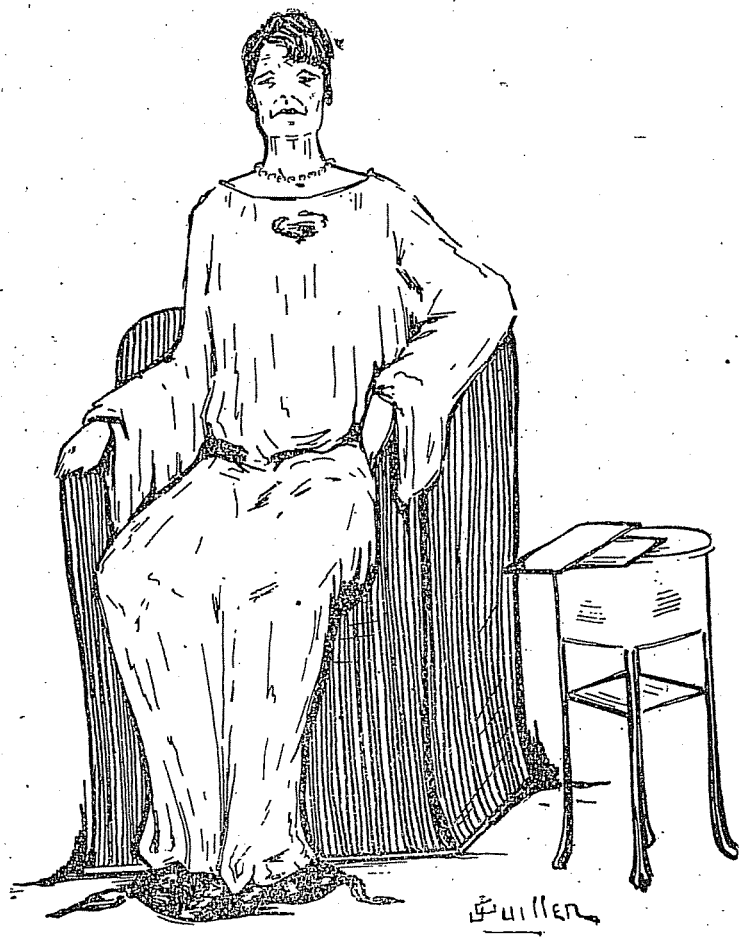
Estas embriagueces de fantasías comenzaron a

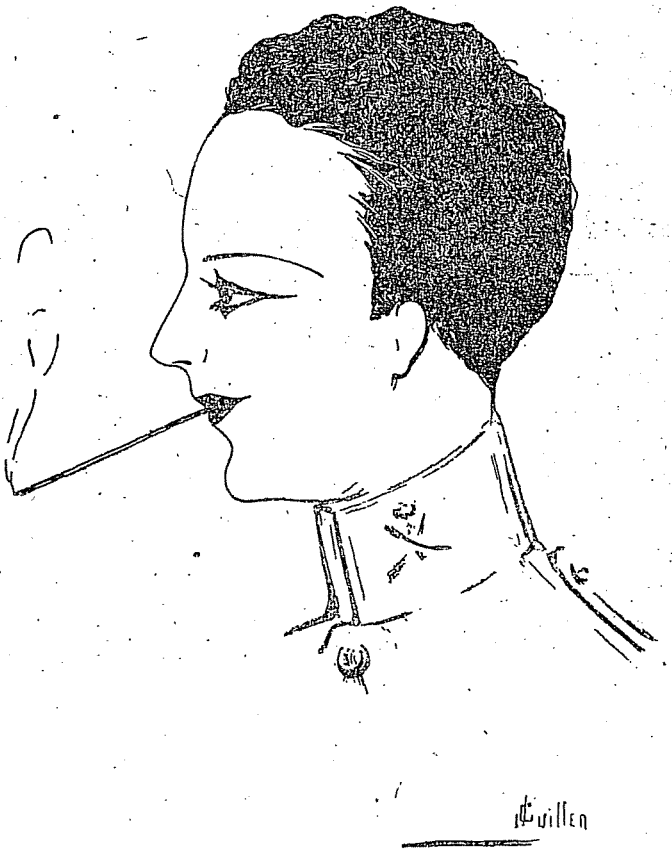
defraudarme, cuando mi amiga, como una gran cosa, me invitó a sus reuniones domingueras. Acepté gustosa, tanto por evitarme la asistencia al *cine* con mis hermanas, que empezaban a aburrirme, como por conocer caras nuevas en el mundillo de los elegantes depravados; y, obtenido el permiso de mi familia, bien ajena a los peligros que encerraba mi amistad con la profesora de Francés, me dispuse a saborear sensaciones nuevas con esa impaciencia de mis pocos años.

IV

—Doña Julia me citó a una hora en la que me encontré su saloncito congestionado por el vaho perfumoso de los que allí se reunían: una señora vieja, fea como un bulldog, vestida de sedas negras, de modales amplios y solemnes, y voz tan digna de su fisonomía, que ponía en cuidado; un cadete de Infantería muy pintado, que fumaba en una boquilla de media vara, sentado a la oriental sobre un almohadón, como un *bibelot* de tocador, y tenía el pelo negrísimo y crespo, la carnación nacarina y los ojos del color de las uvas tintas. El tercero era un señor bastante guapo y alto, sin más inconveniente que el peluquín, de un rubio oxigenado, muy mal disimulado sobre su cara, demasiado lánguida y clara, y los últimos personajes eran dos viejas de exteriores venerables, que me olfatearon bien como buenos perdigueros.

Mi amiga me tomó de la mano y me presentó a la reunión. Después me llevó a la ventana, abierta, y desde allí me hizo una ligera historia de aquellos ti-





pos. Bebían, fumaban y hablaban discretamente, y yo apenas podía entender aquella jerga complicada de grullos sabihondos. Pero encontré atractivo en la contemplación de aquel cadete, que no debía sobrepasar en tres a mis catorce primaveras. No era guapo, pero su aire ambiguo le hacía interesantísimo.

Parecía una chiquilla disfrazada, y acogía la empalagosa afectuosidad de la vieja de cara de bulldog, con una mueca resignada que llegó a intrigarme.

Os digo que entonces tanto miedo me producían las mujeres como los hombres, y aquel cadete, que desde un principio me asaetaba con un juego de señales extrañas, me tenía en un brete.

Como éramos los más jóvenes de la reunión, formamos tertulia aparte. En seguida me tuteó, para preguntarme:

—¿Conque eres la amiguita de doña Julia?

—¡Ah, no! ¡Yo soy su sobrina!—respondí muy seria.

—¡Sí, sí!—y rompió a reír ruidosamente, de un modo que me avergonzaba.

La vieja no cesaba de importunarle:

—Polín, trae esas *Ilustraciones*. Dame esas pastas, Polín.

Y Polín acudía como un perrito faldero, haciendo mil cuquerías, que me desconcertaban.

Ahora estaba tan cerca de mí, que juraría me besaba en la nuca.

Yo hubiera querido saber *flirtear* o poseer alguna destreza para demostrarle a aquel gracioso ambiguo que yo era una mujercita y no un juguete de viciosos. Yo hubiera querido recurrir a mi femeninidad para quedar encima de él; pero apenas si me dejaba mirarle, pues su risa de muñeco dominador me encogía del todo.



Amablemente le reconvine:

—Mire, Polín, su tita nos está observando...

—¡Mi tita! Esa es tía mía tanto como doña Julia es tía tuya...

—¡Ah! Pero ¿no sois familia?...

Ahora tuve que reírme con él.

La profesora de Francés vino a librarme de Polín, y con ella me puse a engullir galletas y a beber moscatel, sin preocuparme de todos aquellos tipos que me era imposible catalogar todavía.

Cuando se fueron todos, ya a solas con mi amiga, me demostré disgustada.

—Mira, muñeca; déjate abrazar, y no te pongas fastidiosa.

Yo me dejaba querer, embebida en mis pensamientos.

Como de costumbre, la francesa me descalzó y me cubrió las piernas con unas medias de seda negra; luego desabrochó el cuello de mi vestido, entreabrió mi camisa y me colocó en la postura desmayada del "querubín de Mozart". Por fin amenguó la luz, cubriéndola con una tela verdosa.

Me acometió una somnolencia, por la media luz o la música, o tal vez por el vino, a que no estaba acostumbrada, y desde este sopor distinguía, sin interesarme, los movimientos de mi amiga. Iba recogiendo los muebles hacia las paredes y dejando en medio un claro ancho; trajo de la alcoba una manta de vicuñas doradas y la tendió en el suelo, a la manera de un lecho primitivo.

Se vino hacia mí para rogarme que la dejara ver, solamente contemplar, mi cuerpo desnudo sobre la alfombra de pieles. En aquel momento me obsesionaba un capricho, y descaradamente le hice la loca proposición: era necesario que ella lograra traerme a Polín a su casa, sólo para mí, durante toda una tarde.

Yo renunciaría a los constantes regalos que me hacía, al dinero y a las golosinas con que me obsequiaba; pero necesitaba verme a solas con Polín.

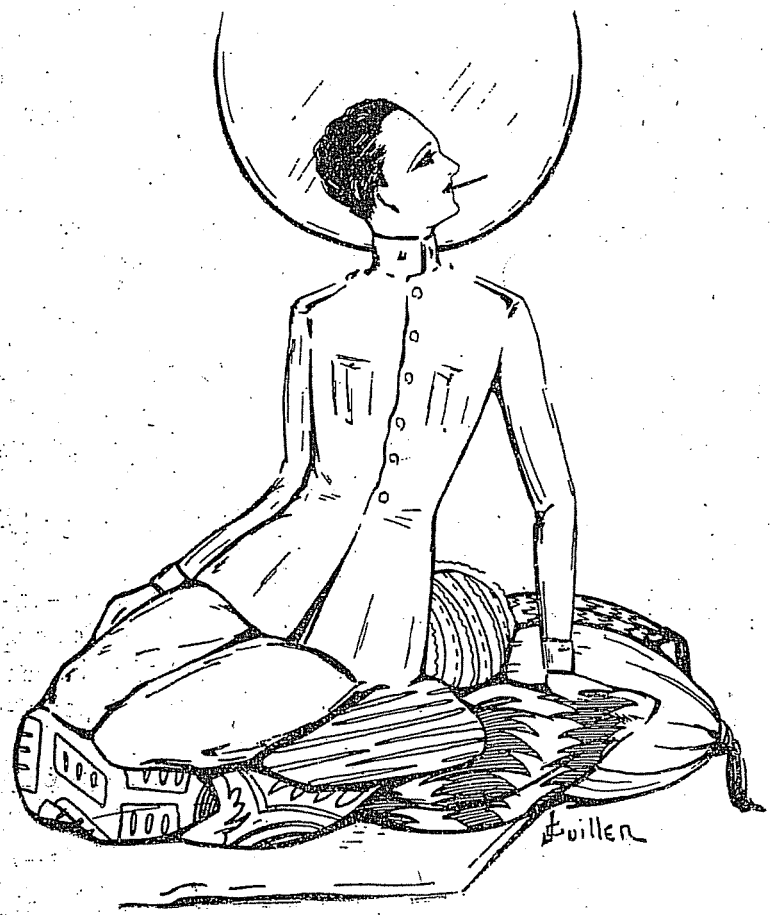
Ella se negó, escandalizada, diciéndome que le pidiera otra cosa, pues Polín era el protegido oficial de la señora vieja de cara de bulldog, y ésta se enfadaría si supiera que el juguete que tan costoso le resultaba, servía para entretener a otra persona que no fuera ella.

—¡Yo necesito ese cadete!—proclamé terca y decidida.

—¡Pero si no es cadete ni lo ha sido nunca!—explicó doña Julia—. Se viste así porque su protectora tiene la obsesión del uniforme, y como sólo vienen de su casa aquí en automóvil cerrado, puede permitirse esa extravagancia.

—Pues aunque no sea cadete, me gusta—insistí—. Es un chico muy fino.

—No lo creas—afirmó la profesora de Francés—. Este muchacho estaba de aprendiz en una carpintería. Lo que pasa es que esta amiga mía se enamoró de él y le ha instalado en su casa para su regalo particular. Le viste estupendamente; le lleva a tea-



tros y paseos, y no le regatea ningún capricho. Y como el pobre no tenía familia, con la protección de su improvisada tía le ha venido Dios a ver.

—¡La verdad es que en Madrid suceden unas cosas!—murmuré.

—Me figuro que no irás a sorprenderte—exclamó doña Julia.

—Es que yo creía que estas cosas sólo ocurrían en las novelas—observé.

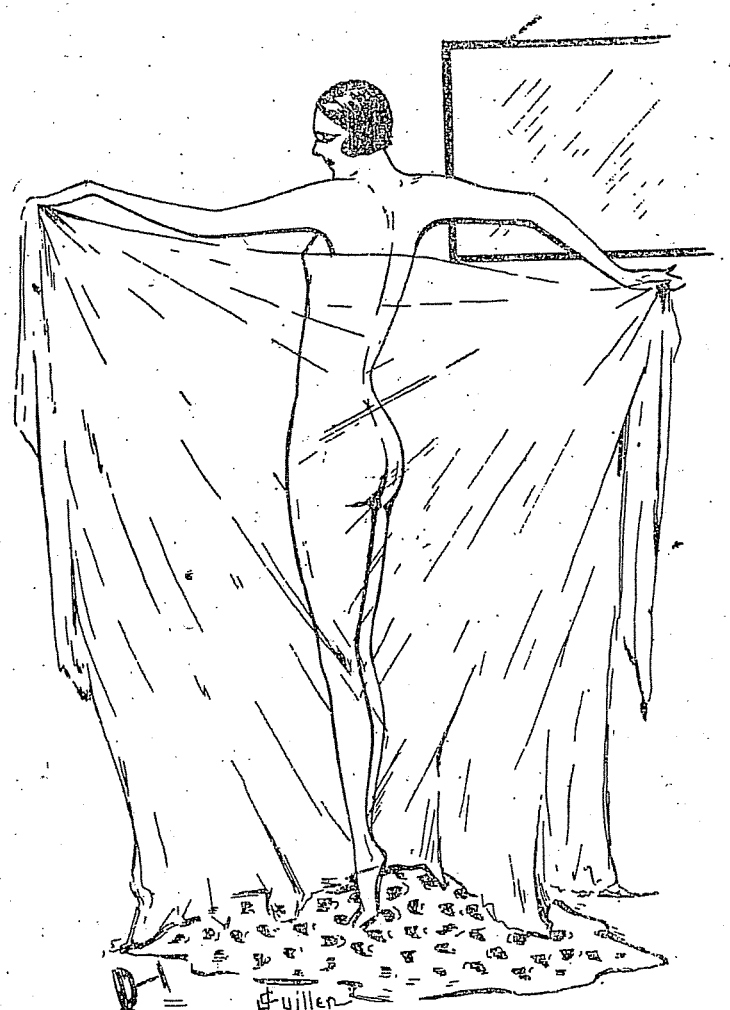
Doña Julia, queriendo calmarme, me prometió hacer venir una tarde a Polín, para que me solazara con él; y yo, entonces, muy de prisa, me desnudé enteramente, y tal como lo había pedido ella, me revolví en la alfombra, haciéndole ver todas las situaciones de una pintoresca sesión de desperezos.

Me premió con una copa de champaña, que apuré sedienta. Se escapó a su alcoba, y me trajo una gasa amarilla, con la cual me cubrió.

—Baila—me ordenó, mientras ella volvía a hacer música.

En un espejo horizontal podía verme enredada en aquella tela de araña, y sintiendo toda la grotesca fantasía del momento, me disloqué en media docena de ritmos.

Con los movimientos del baile eché abajo la tela que amenguaba la luz, y a la plenitud de ella descubrí la fuga a la alcoba de las dos viejas de la tertulia, que sin duda habían presenciado mi desnudez y mi bailable. La casta Susana, sorprendida en el baño, no pondría un gesto más asustado que el mío



frente a los rostros ansiosos de aquellas dos señoras respetables, que la vanidad de doña Julia había escondido en su alcoba para que fuera admirada "su muñeca".

Me revolví contra la sonrisa desaprensiva de mi amiga, exclamando: "¿Qué significa esto?" Pero me guardé mi amor propio, y, silenciosamente, desdeñando la ayuda de la francesa, me vestí y escapé de aquel Infierno, no sin antes recordarle al Demonio la deuda a que se obligaba por el bailable de mi seducción.

Llegué a casa cuando todos estaban en la mesa. Papá me preguntó de dónde venía. No sé lo que le dije; pero se quedó conforme. Mamá, al verme tan encendida, vino a tocarme la frente.

—Esta niña tiene destemplanza.

—Sí, estoy mala; no tengo ganas de comer. Quisiera acostarme.

Concedido el permiso, me retiré a mi cuarto, y me abismé en un sueño profundo, del que había de despertar con la obsesión de aquel Polín, extraño y bello como un pecado desconocido.

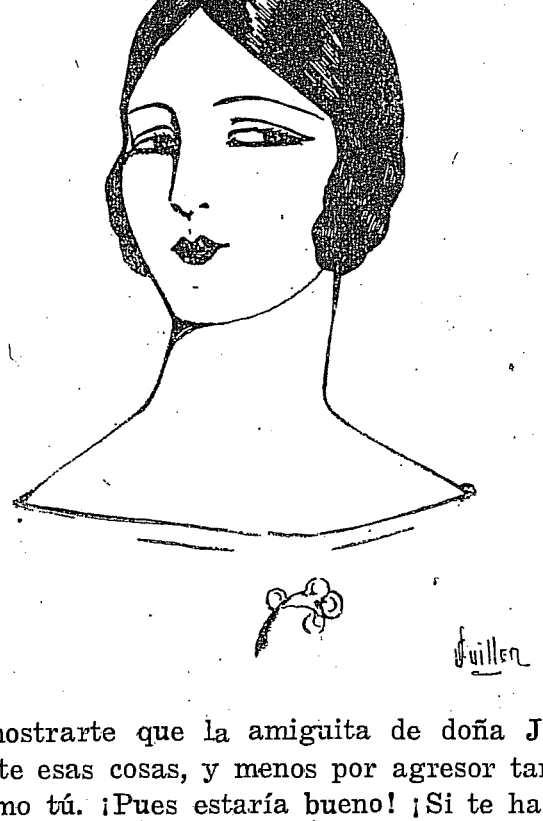
V

Aurelia hizo una pausa para cambiar de posición en el diván y encender otro cigarrillo, y en seguida, ante la expectación de los presentes, continuó su relato.

—La noche de aquel día memorable yo no lograba conciliar el sueño. Aturdida por el recuerdo de mi bailable, ya no tenía sentidos y voluntad más que para recriminar mentalmente a las personas que lo habían presenciado. Veíame situada en el centro y asaetada como un inocente San Sebastián por la cínica y mordaz atención de la vieja con cara de bulldog, la sensual curiosidad de las dos señoras venerables, la decadente elegancia del hombre del bisoñé rubio, las fantasías de mi doña Julia y las intenciones perversas de Polín; y para defenderme de aquel asaetamiento cruel, surgió la poquita cosa de fierecilla que dormía en mi instintiva indolencia. En unas horas mi profesora de Francés habíame mostrado todo un medio maravilloso y lanzádome a un palenque donde yo iba a combatir por mis fueros

femeniles con el resto de aquel ardiente beso de Polín en mi nuca.

—¡Oh traicionero!—pensaba yo—. ¡Que me has querido herir por la espalda! Todo mi afán estará



en demostrarte que la amiguita de doña Julia no consiente esas cosas, y menos por agresor tan ambiguo como tú. ¡Pues estaría bueno! ¡Si te has hecho la ilusión de hacer el amor a una chiquilla inexperta, te va a salir el tiro por la culata!

Con esta idea hice todo lo posible por ver a Polín.

Fuí a casa de mi amiga; le recordé su promesa; le supliqué después, y al fin le dije que no tendría inconveniente en pedírselo de rodillas, si al contemplarme en tan rendida postura su corazón se ablandaba. Pero cuando yo le hablaba de todo esto, mi amiga se cubría de seriedad, y, adoptando un aire importante, me pintaba como un peligro terrible para mí la intimidad con aquel joven equívoco.

—Tú eres una niña. Tú no sabes nada de nada, y yo no quiero tener remordimientos ni incurrir en responsabilidades.

—¡Si yo estoy enterada, señora! Además, ¿qué tiene de particular que él y yo seamos novios?

Mi amiga se combaba de risa, y yo, harta de sus bromas, decidí adoptar una determinación heroica.

—¡Ea, se acabó! Le voy a demostrar que no necesito para nada de usted. No piense verme más por su casa. Adiós.

La francesa me dedicó un gesto despectivo, como queriéndome decir: "Bueno, vete; yo sé que has de volver."

Por el camino me fuí revistiendo de voluntad y repitiéndome a mí misma:

—Sí, se terminó todo. Me haré la cuenta de que ha sido un sueño, un mal sueño, con un despertar a tiempo.

Volví a frecuentar mis amistades escolares; cesé de sonreír delante de los espejos, y entonces me dió asco todo lo sentido junto a la profesora de Francés. Rehuía verla en el colegio a solas, aunque sentía a ratos un morboso deseo de volver por mis pasadas sensaciones, y así transcurrió una semana.

Pero cuando llegó el domingo—¡oh día salvador, que me permitió estar en casa!—, yo misma recibí de manos del cartero una misiva: la primera que llegaba dirigida a mi nombre.

Me encerré en mi alcoba para abrirla, y... ¡horror! Aquella carta contenía una explosión pasional, una declaración amorosa, donde cada palabra era una llama, y como foco de aquel incendio, un nombre: **¡Polín!**

Yo no os puedo precisar los términos de la carta; pero sí os diré qué frase en gruesos trazos ocupaba diagonalmente el revés de un pliego: "Te besa con el alma en la boca, tu Polín".

Venía escrita con una discreción particular para no precisar el sexo del remitente. ¿Qué haría con aquella carta? Romperla me parecía un sacrilegio, y conservarla, un peligro, y, al par que miedo, me infundía una vanidad de bien querido.

¡Ah, el amor! Polín me amaba, y me lo escribía. Polín sería para mí, y yo se lo arrancaría de los dientes a aquel perro de presa que era la vieja.

Pero Polín, en precipitación pasional sin duda, se había olvidado de lo principal: darme una cita u orientarme hacia su paradero.

—¡Oh los hombres!—exclamé para mi capote, releyendo la carta—. Nunca concluyen bien las cosas. Se aturden con las bellas palabras y sueñan despier-

tos locuras sin fin. ¡Qué ardor! ¡Qué fuego encierra el terrible sexo! ¡Cuán complejas y misteriosas sus almas!

La carta de Polín me hacía florecer mil tonterías como esas.

Me faltó tiempo para correr a casa de la francesa con mi carta dichosa.

Doña Julia me vió entrar con un aire de zarina victoriosa. Intentó pasarme la mano por encima; pero yo me rebelé con una dignidad de mujer formal. ¡Ya no era yo la de antes!

—¿Qué tal se pasa usted sin mí?

—Recordándote como la amiga más ingrata!

—¿A que no sabe usted quién me ha escrito?—pregunté, tendiéndole la carta de Polín.

Doña Julia tuvo risa para un rato. Yo me encendí, indignada.

—¿A qué viene esa risa tan estúpida? Esto es una cosa muy seria.

—Este niño te está tomando el pelo.

—¡Sí, sí! ¡Está usted buena!

Mi amiga me devolvió la carta y no me habló más del asunto. Luego me estuvo mostrando las fotografías de una mujer hermosísima, vestida con unas telas lánguidas y en unas *posses* excitantes. Estaban dedicadas y firmadas con un nombre: "Madama de Ibis".

—¡Qué hermosa mujer! ¿Verdad, Aurelia?

—¿Le gusta a usted?

—Me gusta como a ti.

—¡Oh, no! Yo soy una mujer—afirmé, engallándome—. Me gustan los hombres, y cuanto más hombres mejor.

—Por eso se te ha ocurrido enamorarte de Polín, que es una niña vestida de cadete.

Ella se reía; pero yo no. Le demostré que aquello me hacía poca gracia.

—¿Esta señora es una artista?—le pregunté abandonando las fotografías.

—Sí; es una señora de pelo corto. Madama Ibis es nada menos que aquel señor del bisoñé rubio que tanto te emocionó el domingo pasado. Es el único o el mejor de los contraltos masculinos. Ha cantado *Orfeo* en París ante un público muy selecto.

—¡Uf! ¡Qué asco!—y tiré las fotografías.

Pero a mí me dió por reír después de todo aquello. Me tendí en el diván, y echando mis zapatos por alto, me quedé descalza.

Rota mi formalidad, por aquella misteriosa y fuerte llamada de lo extraordinario en mi ánimo, mi amiga se sentó a mi lado y me fué mondando plátanos, que mordíamos a medias; me perfumó de lilas y me llenó las manos de besos, pues en su afán de llegar más allá retrocedía ante la amenaza de mis uñas.

—Eres como una fierecilla: cuando te enfureces tus ojos se empequeñecen.

—Y usted es una mala domadora. Cuando las fierecillas tienen hambre se les da de comer.

—¿Y qué? Ya te doy plátanos y dulces.

—Pero no me da a Polín.

—¡Oh! ¡Esa es una fruta demasiado agria para tu paladar suave! Además, yo aspiro a disfrutar la exclusiva de tus extravíos.

Un timbreo furioso nos vino a sacudir la indolencia. Mi amiga me indicó que pasara a su alcoba, y salió para abrir. Yo, sin acordarme de mis zapatos, me escabullí temblorosa y me parapeté en el amplio lecho.

¿Quién podría ser?

Volvió la francesa con alguien que sollozaba. En seguida reconocí la voz de Polín, y mi corazón dió un brinco que hizo vibrar el *sommier*. Me arrimé a las cortinas para escucharlo todo.

Polín venía envuelto en una capa de paño negra, y su cabeza cubierta por una boína también negra. Se sentó en el mismo sitio donde yo me sentaba y comenzó a lamentarse limpiándose las lágrimas.

—¡Yo no puedo más con aquella vieja! Es sucia, huele mal y le apuntan los ángulos como a las brujas. Además, tiene la cabeza llena de fantasías. Figúrate que le ha dado por la cocaína y aquella casa es un infierno. ¡Yo no vuelvo más por allí!

Pronto se le secó el llanto, y paseándose nervioso por la sala, dándole más aire a la capa que un galán de comedia clásica, siguió desgarrándose el pecho.

—¡No quiero, ea! Prefiero volverme a la carpintería que ir donde ella a sufrirla. Al fin y al cabo, ¿qué tengo yo ganado? Estoy vestido y alhajado;



pero no dispongo de libertad para ir donde me dé la gana. Ya me tiene harto.

—¡Bah!—murmuró doña Julia—. Yo sé lo que te ocurre. Los muchachos como tú sienten de cuando en cuando ciertos vacíos que llenar.

—Ya te entiendo. Pues no. ¿Pero es que es bueno vivir enterrado como una favorita de sultán? Me ha puesto por guardia una colección de fetos. Antes de volver allí, me mato. Y como se presente aquí, me tomo un veneno. Aquí traigo las pastillas.

—¿De qué?

—¡De sublimado!

—Bueno. Espérate un momento; quiero verte morir.

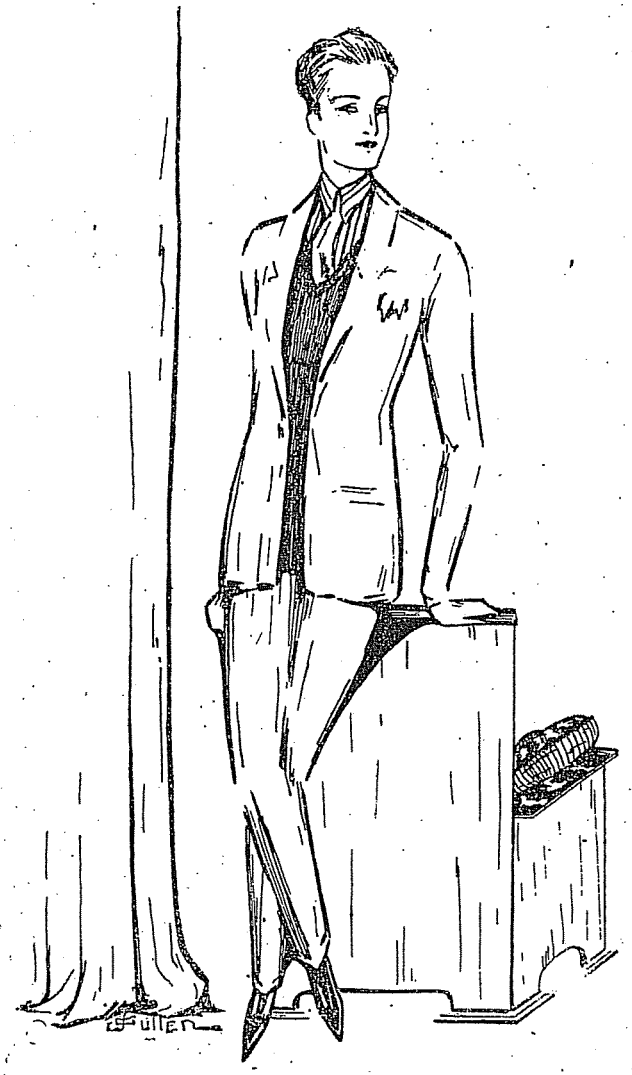
Doña Julia entró a buscarme y me dijo por señas que me calzara y me fuera por la puertecilla de escape, disimulada con un tapiz; y yo le contesté en igual idioma que mis zapatos estaban fuera.

Polín, llamó a doña Julia:

—Oye, ¿tienes ahí a alguien? Lo digo porque estos zapatitos no serán tuyos precisamente.

Y sin más ni más se coló en la alcoba.

Dí un grito, sorprendida, y tirando de la colcha me hice un ovillo bajo ella. Vino Polín y se echó sobre mí luchando para descubrirme. Explotaban sus risas; me sentí agarrada por el pelo, y Polín sacó mi cabeza a la luz con su garra de gatita. Lanzando un grito de júbilo me dió un tremendo beso en la boca, y tanto él como yo no pudimos menos de



reír juntos contemplando a doña Julia convertida en la estatua del estupor.

Salió de su asombro para decirme:

—Bueno; puesto que ya te han descubierto, sal de ahí para ponerte los zapatos, muñeca.

El perverso Polín gozaba viéndome llena de rubores. Venía sin pintar, y sin los polvos y la barra de carmín su rostro cobraba una expresión más varonil y tranquilizadora.

—No te apures, tonta—dijo la profesora de francés—; éste es un beso de hermanas.

—¡Oh!—protestó Polín—. ¡Tú no sabes que yo soy todo un hombre!

—Pues, señor—pensaba yo—. ¡Ea! Ya ha llegado mi cuarto de hora. Pronto voy a salir de dudas.

Me entró una furia de gozadora; me abracé a Polín, le precipité en el diván y le devoré a besos, mordiéndole, apretándole con todas las fuerzas en que se multiplicaba mi deseo, y no le dejé hasta verle rendido, azorado y gozoso bajo mi cuerpo.

Doña Julia sonreía como un diablo complacido. La vi cómo extraía de la confitera un chocolatín, cómo su deseo depravado me lo ajustaba en los dientes para que yo se lo ofreciera a Polín, cosa que hice; y así se repitió este juego varias veces, hasta que una timbrada, más furiosa que la primera, vino a deshacer el grupo que formaban la niña, el niño y la faunesa.

¡Qué tres mentiras tan deliciosas!...

VI

Nuevamente suspendió Aurelia la narración que escuchábamos todos anhelantes, y prosiguió con voz nostálgica y velada:

—Interrumpida aquella audacia, de la que yo misma me sorprendía, permanecí indecisa unos instantes. ¿Qué hacer? ¿Qué pasaría? Me acordé de los graves varones de mi familia, de algunas compañeras de clase que me envidiaban el favor de doña Julia, y tuve miedo. Yo no hice más que seguir a Polín, que me arrastraba de la mano, y nos vimos otra vez en la alcoba. El, muy diligente, corrió las cortinas, cerró las puertas e hizo girar la bujía eléctrica para que nadie pudiera hacer luz a su capricho, y yo me sentí en la blandura del lecho apretujada contra mi cómplice.

—¿Quién presumes tú que será?—le pregunté suspirando.

—Yo lo sé; pero no hagas ruido. ¡Pobre doña Julia!—y sentí su risa contenida, como si el peligro que corríamos le complaciera en el fondo.

Hubo una pausa de silenciosa atención.

—Mira, lo mejor es que me dejes salir por la puerta de escape—propuse tímidamente.

—¿Sí? ¿Me dejarías solo, abandonado a la venganza de esa vieja indecente?—exclamó Polín abrumado.

—¡Oh, no! ¡De ninguna manera! ¡Preferiría morir!...

El balcón dejaba pasar hasta el lecho una semiclaridad de luna, a cuyo misterioso reflejo los ojos de Polín adquirían un fulgor frío y dominador.

—Oye, bonita, prenda mía. ¡Vamos a matarnos!

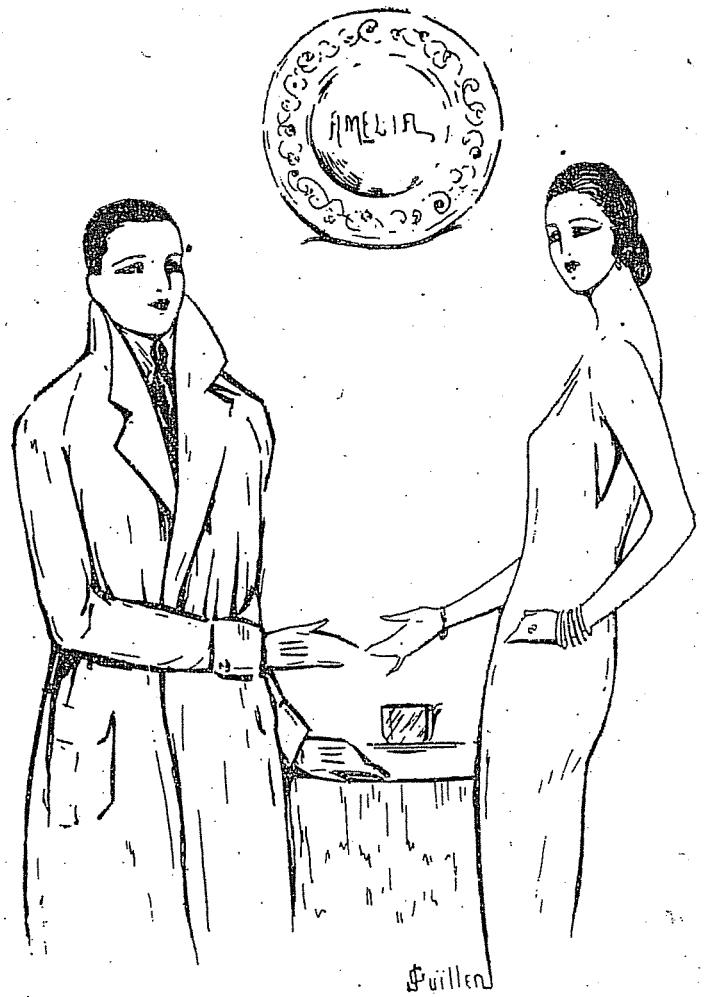
—¡Quita! ¡Quita!... ¿Qué diría papá? Yo no le doy ese disgusto a mi familia.

—¡Ah, pues la vida es así aburridísima!—comentó Polín muy desencantado.

Medió otra pausa de decisión heroica.

—Si te digo que tienes razón... ¡Ea! Dispongámonos a morir. Vamos a hacer historia.

Pero ya nuestros alientos se confundieron; Polín se iba apoderando de mis labios, y poco a poco nos inflamamos de un fuego de amor. Sentía a Polín desprendiéndose de sus ropas para no ahogarse, y yo a mi vez me desnudé a medias, porque el calor me atormentaba. Más que la pasión era el miedo lo que me excitaba. Esperaba de un momento a otro ver violentada la puerta, y a la vieja celosa deshaciendo nuestro abrazo furiosamente, y la perspectiva de una muerte a mano airada me hizo menos



fatal la idea de morir en seguidita y más a gusto.

Por primera vez en mi vida me sentía oprimida por unos brazos masculinos. Eran tan menudos que apenas si mis manos los definían, y tan suaves que se escapaban al tacto. Esperaba yo de Polín un empuje que venciera mis temores; por el contrario, se me tendió en el lecho como adormecido, dejándose acariciar con perversa indolencia. Tan sólo se me demostraba *vivo* en sus respiraciones entrecortadas. Pero si antes en el diván su entusiasmo se alzaba enérgico, ahora por el exceso de miedo no se atrevía a levantar cabeza, y ni la caricia de una mano amiga ni el halago de suave nido en perspectiva le envalentonaba. Polín se me deshacía materialmente entre mis brazos, y yo... me esforzaba estérilmente sobre él, apretando todos los resortes, llamando en vano a la suerte, sin que las puertas de mi palacio pudieran dar entrada a algo tan flácido y cabizbajo como lo que él podía brindarme. ¡Oh fortuna, que se me torcía en el instante oportuno!

Polín se irguió con un desmadejamiento perfectamente femenino y atrayéndome hasta pegar su ardiente boca a mi oreja, dijo:

—Tú no has hecho nunca estas cosas, ¿verdad nena?

Muy avergozada confesé que no.

—¡Pues yo tampoco!—declaró él con los ojos bañados en lágrimas.

—Entonces, ¿qué haces con esa horrible vieja que te sostiene?

—Es una indecente. Me tiende en el diván totalmente desnudo. Me besa como una loca en todas partes... Se detiene donde le parece conveniente, y así... hasta el final...

—¡Eso tiene que ser horrible!—decreté.

—No lo sabes tú bien—murmuró Polín—. Por algo me he escapado de su casa. Me viste con camisas de mujer: quiere atrofiar mi sexo. Es un suplicio como no tienes idea. Porque aquello... trae esto...

Yo, piadosa, traté de consolar a Polín.

—No te apures, nene. Mañana volveremos a repetir en otro sitio donde tus nervios no sufran la amenaza de esa puerta cerrada.

—Sí; yo creo que es el miedo.

Y este temor que a mí me contagió Polín me aconsejó que me vistiera y me marchara por la puerta de escape antes de que, dándose cuenta la vieja, nos pudiese sorprender. Al día siguiente, Polín me esperaría en cierto sitio donde bajo un palio más amable proseguiríamos nuestro rito carnal. Para las felices consecuencias de nuestra unión era necesario ser prudentes.

Cobardemente—sí, no me pesa decir la verdad—me escabullí por la puerta secreta con un deseo grande de sentirme lejos de aquel nido, donde quedaba mi prestigio femenino tan mal parado; de aquel lecho donde mi flor, por vez primera y al contacto de un cuerpo masculino, se marchitó en pleno enervamiento.

No caí en la cuenta de lo avanzada de la noche hasta verme en la calle. Miré en el reloj de un café la hora: ¡las doce y media! Ocupé el primer coche que se atravesó en mi carrera, y mientras me conducía a casa fuí preparando la mentira para justificar mi primera trasnochada.

En la antesala de casa me encontré una grave reunión familiar insospechable. Mi desaliñada persona cayó en medio del corro que formaban los míos, y en los rostros de todos descubrí el más duro comentario para mi presencia extraña. Debía estar encendida, despeinada y llena de agitación frente a la enseriada pulcritud de mis padres, mi padrino, mis hermanas y mis cuñados.

Papá fué el primero en preguntarme:

—¿De dónde vienes, hija mía?

Tuve intención de confesar la verdad; de decir:

—Vengo de intentar hacer lo que hacen las muchachas libertinas.

Pero me costó menos trabajo mentir:

—Pues que las Rosalejo me invitaron a pasear en su auto y luego se empeñaron en que cenara con ellas, porque hemos vuelto muy tarde. Quisimos telefonear pidiéndoos permiso. Pero no ha habido manera. ¡Esas telefonistas! Las Rosalejo me han traído en su coche y querían subir para decírtelo; pero no me ha parecido necesario. Ya sabes que nunca miento.

Unos a otros se miraron con el desconcierto de

mi ingenua respuesta. Medió un silencio lleno de amenazas imperiosas, y papá me mandó a dormir.

Mientras me desnudaba pensaba en el peligro que presentía cernirse sobre mí; pero el cansancio pudo más y me dormí profundamente, olvidando sin gran esfuerzo la felicidad, el peligro, la desvergüenza y el miedo de aquellas horas transcurridas en casa de doña Julia.

Desperté con el sol en mi ventana y las jelguerías de los canarios en mis oídos. Abrí los ojos muy alegre; mas el primer pensamiento retrospectivo me trajo un molesto avance de rubor. Me empequeñecía, recogiéndome moralmente ante la recomposición de mi vergonzosa huída del lado de Polín, fracasado como amante iniciador. ¡El, que había sido flor de pecado en mis noches solitarias! ¡Que había hecho después explotar la granada de mis besos sobre su boca! ¡El, que más tarde era estúpidamente abandonado por mí a la sucia lascivia de aquel bulldog con faldas y dientes postizos! ¡Oh, Polín, no te merecía!... ¡En fin, qué se le iba a hacer! Polín mismo lo había comprendido: nuestra excitación moral no nos había permitido más de lo que hicimos.

Con esta idea conformativa, eché mano al desayuno, y con el último bocado hizo papá su entrada en mi cuarto. De pie, en el centro de la habiación me dirigió una reprimenda en un largo discurso. Hablaba bajo para no ser escuchado más que por mí, y no se sofocaba mucho para prodigarme las más terribles frases de condenación.

¡Qué engañado vivía sobre su hija! Le habían ido con historias veracísimas por mi desgracia. Me habían visto personas de una reputación intachable paseándome en coche con personas de dudosa moralidad, y tenía una idea, de cuyo alcance se asustaba, de en lo que yo invertía mis horas de esparcimientos. Luego me mostró la carta de Polín, que me había sustraído del bolsillo, y me habló del deplorable papelito que yo representaba junto a toda esa gentuza que rodeaba a mi profesora de francés; de nuestro apellido intachable, puesto en entredicho por la murmuración, y del cambio de colegio después de denunciar solemnemente a la directora las aficiones de doña Julia.

Para acabar: después de la enumeración prolífica de mis pecados me dictó la penitencia:

—No saldrás de casa, suspenderás tus estudios por unos meses y te marcharás con tu abuela al campo hoy mismo; y cuando vuelvas, ¡pobre de ti como repitas tus repugnantes hazañas!

—¡Qué horror, Señor! ¡Qué desgracia aguantar sobre el lecho en *déshabillé*, con mis manos cruzadas sobre el pecho, con mis ojos aun entornados por la trasnochada sensual, la rociada de moral de mi más alto juez en la tierra! Y yo no podía llorar por un arrepentimiento que no sentía, porque para mí todo lo pasado cabía muy naturalmente en el campo de mi inocencia. ¡Cómo me desconocían todos! Pero ¿de verdad sería yo tan mala, tan depravada, tan...? ¡Oh! ¡No! ¡No! ¡Si yo era una ingenua y tan sólo

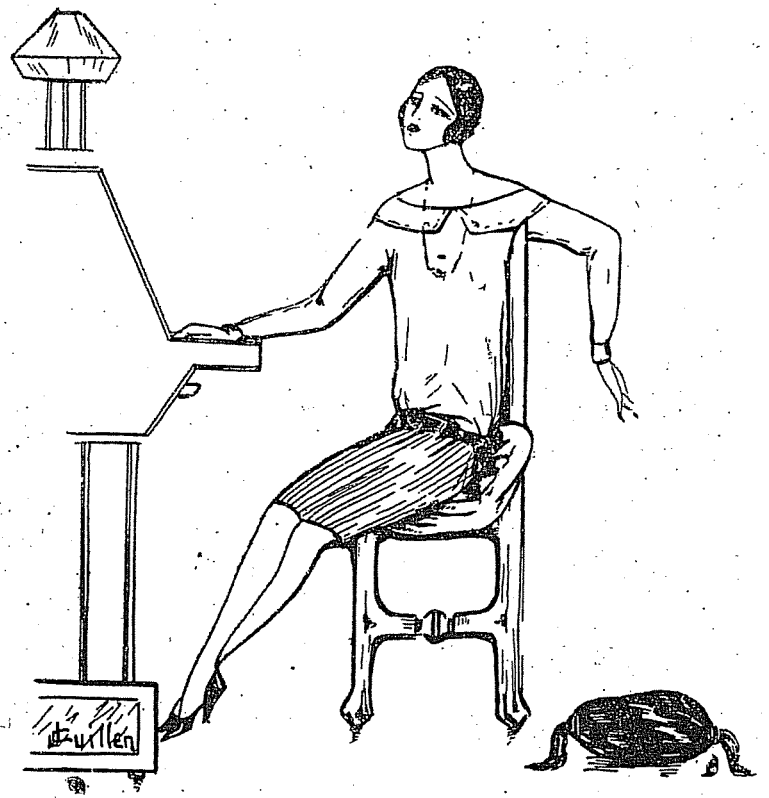
había intentado empinarme para coger la fruta deliciosa sin apenas morderla! ¿Y por tan poca cosa me iban a complicar la vida simplificándomela?...

No me quedaba más que obedecer. Pero antes era necesario que yo descargara mi conciencia, dando cuenta a mis cómplices del acto brutal que me imponían los deberes y las obligaciones, y sin perder momento me puse a escribir:

"Mi adorado Polín: Tu carta me ha dado un disgusto grandísimo, pues papá la leyó y me ha condenado, después de llamarme un sin fin de horribles cosas. La aventura de anoche ha tenido la culpa. Figúrate que me separan de todos como una apestada, y me llevan al campo, para inmolarme seguramente a Nuestra Madrastra la Moral, como a nuevo Isaac. No te burles y piensa en mí como si lo de anoche se hubiera realizado. Ten en cuenta que yo hice cuanto pude; pero la fatalidad te venció, como me vence ahora para obligarme a determinaciones pavorosas. No me refiero a lo más malo, que es morir, sino a vivir sin verte en la soledad de los campos. Yo no dejaré de escribirte a casa de doña Julia, y tú me contestarás procurando amoldar tu sintaxis a mi crítica situación. Adiós; ya no me atrevo ni a ofrecerte un beso.—*Aurelia.*"

En cuanto a la francesa, causante de mi desgracia, le dediqué estas líneas:

"Amiga doña Julia: Ha de saber que sin esperarlo explotó en el pulcro recinto de mi cuarto la indignación de papá, salpicándome con los adjetivos



más deplorables. Yo quisiera que usted convenciera a papá de que con nuestra amistad y mi asistencia a las reuniones de su casa yo no he sufrido desperfectos, pues me amenaza con consultar a un médico. Polín le contará lo que ha pasado entre los dos. Yo creo que todo es obra de la fatalidad, y digo que puesto que todos estáis de acuerdo, incluso papá, en señalar mi destino, yo no debo rebelarme, sino

acatar la voluntad superior. Como es muy triste parecerlo y no serlo, tendré que decidirme, para no dejar mal a la conciencia de mis calamidades, que ya me han catalogado en el libro verde. Entregue la carta que adjunto a Polín, y no dejen de pensar en la suerte de esta desdichada, que no sabe en qué punto de la tierra verá morir el sol de este día histórico. Adiós.—*Aurelia.*"

Cerré mis cartas, las aseguré en mis bolsillos y me hice una *toilette* simple de pecadora arrepentida.

Ya no comí más en familia, pues a las once el tren me arrastró de Madrid, la ciudad maldita de donde yo salía pura y sin mancha—por la murmuración de cuatro señores que se empalagan de chismes y que pretenden darle a la vida un sentido de cosa muy formal—, y a la que hube de volver algún tiempo después no tan limpia y tan pura como escapé de las finas, sabias e inofensivas manos de Polín y la francesa de mis iniciaciones.

Y así acabó el primer capítulo de mi vida de perversión, a la que no concedo el valor de una decisiva orientación en mi temperamento, pues mi destino estaba ya marcado en el principio de mi conformación psicológica, y fueron absurdas todas las trabas y los prejuicios que me impusieron la opinión ajena y mi propia estimación.

Después de aquella aventurilla de adolescente, envenenada de amoralidad, pero donde hice el tonto tan lamentablemente, el ridículo no ha descompuesto jamás el sereno ritmo de mi sonrisa; y si

alguna vez cayese con las alas rotas en el cieno de la ignorancia, la intolerancia y la grosería, me haré cenizas en el fuego de mi amor propio, para resurgir limpia y libre con esa gracia particular de las ingenuas pervertidas.

Y aquí da fin la historia de mi *début* en el pecado. Esta es la auténtica verdad de mi primera hora de amor, que como todos reconoceréis parece un capítulo arrancado de una novela de Alvarito—concluyó Aurelia, envolviéndome en sus miradas como en un velo encantado.

—Capítulo que yo escribiría—prometí dirigiéndome a Aurelia—si tú me autorizaras.

—¿Por qué no?—dijo ella, que, como toda cortesana, está siempre propicia a cautivar la atención pública, aunque sea a costa de la propia reputación.

—¡Pues entonces no hay más que hablar!—exclamé—. La primera producción que yo envíe a LA NOVELA DE HOY será la historia de tu primer amor, para que advierta el público cómo hiciste a la maravilla el tonto!

¡Y observad que he cumplido mi palabra!...

Alvaro Retana

EN NUESTRO
PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

La escoria del amor

POR

Fernando Mora

ILUSTRACIONES DE
— PUIG —